

de Maratón. (1.) Las pérdidas materiales de los persas fueron poco considerables, y las Cícladas quedaron en su poder. Milciades, que quería libertarlas, fracasó delante de Paros. El efecto moral fué mayor todavía que el originado por el incendio de Sardes, pues persas y medos, tenidos por invencibles, habían retrocedido ante un puñado de hoplitas atenienses. Darío no podía consentir tal afrenta sin arriesgar el prestigio de su pueblo y el decoro de su autoridad en las naciones recién sometidas. A los tres años juntó provisiones, soldados y navíos y se preparaba á emprender la marcha en 486 cuando le detuvo la rebelión de Egipto.

Cambises había confiado el gobierno de Egipto al persa Ariandes. Darío quedó al principio muy satisfecho de la elección hecha por su antecesor, pues no sólo le era fiel Ariandes, sino que trató de acabar la conquista de Lidia. Los dorios de Cirene no habían aprobado la prisa con que su rey Arquesilao III se había hecho siervo. Por esto lo expulsaron, lo volvieron á llamar, le expulsaron de nuevo y le asesinaron en Barca, donde se había refugiado. Su madre, Ferétima, fué á Egipto, dijo que había sido víctima de su amistad con los persas, y Ariandes envió en su auxilio cuantos hombres y buques tenía disponibles. Barca resistió nueve meses, y sólo sucumbió á la traición. Algunos destacamentos de vanguardia llegaron hasta Goherpendes. Al regresar, los generales trataron de ocupar á Cirene, y quizás lo habrían hecho, cuando recibieron orden de volver á Egipto. La travesía del desierto pudo serles funesta: los nómadas de la Marmárica, ávidos de botín, no cesaron de molestarlos, y les ocasionaron pérdidas importantes. Lograron, no obstante, llevarse prisionera á una parte de la población de Barca, y Ariandes la envió como trofeo á Darío, el cual la mandó á Bactriana, donde fundaron una Barca nueva. Un lugarteniente que emprendía conquistas sin permiso, había de inspirar recelos á un soberano tan cuidadoso de su autoridad como lo era el gran rey. Ariandes fué muerto y se formó una leyenda acerca de él. Contaban unos que había fallecido por haber acuñado moneda más fina que la real; otros que había suscitado un odio general por sus malversaciones, y que Egipto estaba dispuesto á insurreccionarse ya cuando le

(1.) De todas estas campañas se trata con mayor extensión en el volumen *Historia de Grecia*. (N del T.)

mataron. Libre de aquel rival, nada escaseó Darío para merecer el afecto de sus súbditos egipcios, ó á lo menos para hacerle soportable su dominio. Con un pueblo devoto y convencido de su superioridad, el mejor medio de lograrlo era alardear de un respeto profundo á los dioses y á los antiguos reyes. Darío hizo, pues, lo contrario que Cambises, y otorgó su favor á los sacerdotes perseguidos. Cambises había desterrado á Elam al jefe del sacerdocio de Sais. Darío le otorgó permiso para volver á su patria y le encargó de reparar los desastres causados por su antecesor. El sacerdote restableció los colegios de hierogramatas y restituyó al templo del Nilo los terrenos y rentas que se le habían robado. La tradición griega, más exagerada que la nacional, dice que Darío se inició en los misterios de la teología egipcia, que estudió sus libros, y que llegado á Memfis, al morir un toro divino, se asoció al luto general y prometió cien talentos de oro al que descubriera un Apis nuevo. Antes de dejar el país, visitó el templo de Phtah y mandó erigir su estatua junto á la de Sesostris. Los sacerdotes no quisieron, alegando que Darío no había hecho tantas proezas como Sesostris, y él les contestó que si llegaba á vivir tanto como éste, conseguiría igualarle. Los egipcios, agradecidos, lo colocaron entre los seis legisladores cuya memoria veneraban.

Verdad es que Egipto progresó en manos de los persas. Formaba con Cirene y Barca la sexta satrapía del imperio, á la cual pertenecían también las tribus nubias más próximas á la frontera meridional. El gobernador disponía de un ejército de 120.000 hombres, acantonados en los tres campamentos atrincherados de los reyes saitas, Dafne, Memfis y Elefantina. Fuera de estos puntos, sometidos directamente á la autoridad regia, subsistía la antigua organización feudal. El tributo anual, inferior á los de Caldea y Asiria, no pasaba de setecientos talentos de plata. Júntese con esta cantidad el arriendo de las pesquerías del lago Moeris, que valía un talento diario, durante seis meses de crecida, según Herodoto ó todo el año, según Diodoro; los 120.000 *medimnes* de trigo necesarios para mantener al ejército de ocupación, y la obligación de abastecer al palacio de nitro y agua del Nilo, y se verá que el conjunto de impuestos distaba mucho de ser desproporcionado á los recursos del país.

Darío ocupó los Oasis y construyó en la pequeña ciudad de Hibit un templo de Amón, del cual quedan ruinas. Pero por mucho que le agradecieran todo esto los egipcios, era mayor su deseo de libertad. La derrota de Maratón los alentó para sacudir el yugo y en 486 echaron á las guarniciones persas. Darío no quería diferir por tan poca cosa su expedición contra Grecia. Reunió otro ejército y se preparaba ya á guerrear con ambos países cuando murió en 485, después de reinar treinta y seis años.

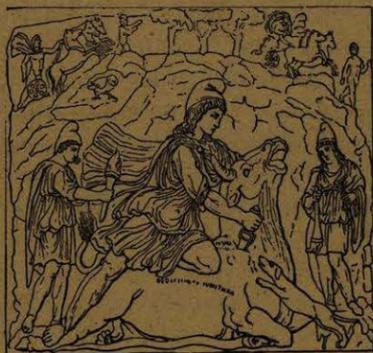
Antes de ser rey había tenido tres hijos de su primera mujer. Artabazanes, el mayor, había sido considerado heredero presunto mucho tiempo y debió de ejercer la regencia durante la expedición á Escitia. Pero cuando estalló la rebelión de Egipto, y Darío tuvo que designar á su sucesor, la reina Atrisa le convenció de que sería más ventajoso nombrar al mayor de los hijos habidos de ella, llamado Khshayarsha (Jerjes) que había nacido reinando su padre y llevaba en las venas sangre de Ciro. Su influencia era omnipotente. El anciano rey cedió, y Jerjes ocupó el trono sin oposición. Entonces tenía treinta y cuatro años y pasaba por el hombre más hermoso de su época, pero era perezoso, débil de carácter y de tarda comprensión. Empezó por pensar en suspender los armamentos, pero los consejeros de su padre le demostraron que no debían dejar sin venganza el fracaso de Maratón, y entonces tuvo la prudencia de no querer emprender nada en Europa sin haber castigado antes á Egipto. La represión duró cuatro años, al cabo de los cuales fué nombrado sátrapa Aquemenes, hermano del rey, y tomó medidas para evitar una nueva sublevación. Esta vez tampoco se pensó en variar la constitución política del país y los nomos siguieron en manos de sus príncipes hereditarios. Jerjes ni siquiera sospechó que respetando las dinastías locales, conservaba sus jefes dispuestos siempre á la acción y á las futuras revoluciones egipcias.

Pacificado Egipto, no recobró todavía el monarca persa la libertad de sus movimientos. La tradición clásica supone que cuando hizo su primera visita real á Babilonia, había molestado gravemente el sentimiento nacional de los caldeos con una curiosidad sacrilega, pues había entrado en la tumba de Belo, y, á pesar de sus esfuerzos, no había conseguido

llenar de aceite el cántaro encerrado en ella. La verdad es que la rebelión estalló. Megabices, hijo de Zopiro, que era sátrapa de la provincia por derecho hereditario, trató á la ciudad con insólito rigor. Fué saqueado el templo de Belo, la estatua del dios fué llevada cautiva, el sacerdote fué asesinado, se violaron y saquearon las tumbas reales y se esclavizó á la mitad de la población (581). Jerjes salió, por último, para Europa, al frente del ejército más numeroso que había visto el mundo, y ya se sabe cuál fué el éxito de su empresa. Después de haber asistido á la derrota de su escuadra desde las alturas del Cabo Colias, volvió á emprender el camino de Asia sin aguardar la entrada, en línea, de sus tropas de tierra. Las victorias de Salamina y Platea preservaron á Europa de la barbarie, según dicen algunos injustamente. Los persas no eran bárbaros en el sentido que hoy damos á esta palabra. Tenían una cultura de tipo diferente á la de Europa, inferior en muchos puntos á la griega, pero superior en otros. Además, en poco estimará la vitalidad y el genio de Grecia quien suponga que una derrota y sujeción pasajeras habrían bastado para detener su desarrollo. Para que pereciera la civilización helénica, habría sido preciso que la raza helénica quedara aniquilada por el choque con Asia. Y los persas no gustaban destruir naciones enteras; exigíanlas tributo y obediencia, pero en lo demás dejaban que cada pueblo se gobernase á su gusto. Si Jerjes hubiese vencido, habría sido Grecia una satrapía como Siria y Caldea, y no habría perdido su carácter propio. La conquista persa habría variado el curso político de la historia griega, pero no habría podido detener ni suspender la marcha general de la civilización.

La derrota de Jerjes dió por resultado inmediato un retroceso de fronteras. Algunas guarniciones quedaron más allá del Bósforo, en Bizancio hasta 478, en Eión hasta 477, en Doriskos hasta 450. Se conservaron como satisfacción concedida al orgullo del gran rey, más que como consecuencia de una necesidad política ó militar. Jerjes gustaba de figurarse que tenía un pie en Europa y que podría empezar el asalto cualquier día, pero Tesalia, Macedonia, Peonia y Tracia dejaron de reconocer su autoridad. Asia fué amenazada á su vez por los griegos. Los contingentes del imperio fueron derrotados en Mycala, y las trirre-

mes áticas recorrieron á su gusto los parajes donde hasta entonces habían reinado únicamente las escuadras fenicias. ¿Qué hacía entre tanto Jerjes? Gastaba en intrigas y en vicios el poco ánimo y entendimiento que la naturaleza le había dado. Durante doce años prosiguieron las operaciones de guerra un sin que pensara en hacer un nuevo esfuerzo, ni evitar un nuevo ataque. En 466, una escuadra ateniense que cruzaba cerca de las costas de Caria y Licia á las órdenes de Cimón, encontró á la armada persa fondeada en la desembocadura del Eurimedon. Después de destruir los navíos persas, desembarcaron las tripulaciones atenienses y derrotaron al ejército de tierra. El vencedor se dirigió á Chipre, dispersó una escuadra enemiga de ochenta ve-



Sacrificio de Mithra. (Bajo relieve de Frigia.)

las y volvió al Pireo cargada de botín (466). Jerjes no sobrevivió mucho á esta humillación; pues fué asesinado por el eunuco Aspamitres, y el jefe de la guardia Artabanos. La misma noche fueron los asesinos en busca de Artakshatra (Artajerjes), hijo de Jerjes, acusaron del crimen á otro hijo llamado Darío, y le mataron so pretexto de vengar el parricidio. Luego trataron de matar al mismo Artajerjes, pero uno de sus cómplices les hizo traición, y fueron ajusticiados. Los hijos de Artabanos quisieron vengar á su padre y reunieron algunas tropas, pero perecieron con las armas en la mano. Como si no fueran bastantes tantos crímenes, Histaspes, hermano mayor del nuevo rey que estaba en Bactriana al morir Jerjes y que debía haber heredado la corona, vino á reclamar sus derechos mandando un ejército numeroso, pero dos batallas encarnizadas acabaron con él y con sus partidarios (462).

Todos los movimientos que amenazaban la

existencia ó la integridad del imperio encontraban reflejo en Egipto. La generación que había batallado contra Jerjes no había desaparecido aún, y otra nueva, impacientada por el yugo persa, se sublevaba contra su sucesor. Libia era el feudo más importante del Delta desde la caída de los saítas. Dueños de Marea y de los distritos fértiles que se extendían entre la rama canópica del Nilo, la montaña y el lago Mareotis, sus príncipes debían de ejercer la soberanía sobre los adrimáquidas, los giligamas, los asbistos y la mayor parte de las tribus nómadas que habitaban en el desierto. El que entonces reinaba, llamado Inaros, hijo de Psamético, declaró la guerra á los persas. La población del Delta, maltratada por Aquemenes, lo recibió con los brazos abiertos, expulsó á los recaudadores de contribuciones y acudió á las armas. Desde su victoria del Eurimedon, siempre tenían los atenienses una escuadra en las aguas de Chipre. Los doscientos barcos que la componían recibieron orden de salir para Egipto y ponerse á la disposición de los jefes insurrectos. Artajerjes había juntado entre tanto fuerzas nuevas y se proponía tomar el mando personalmente, pero allanándose á la opinión de sus consejeros designó para ello á su tío Aquemenes, que se había escapado á la corte después de los primeros triunfos de Inaros. Poco trabajo le costó á Aquemenes rechazar á los libios, pero la intervención de las tropas griegas cambió la faz de las cosas y fué vencido cerca de Papremis, quedando su ejército casi completamente exterminado. Inaros lo mató con su propia mano, y envió el cadáver á Artajerjes, ya por baladronada, ya por respeto á la familia de la víctima. Algunos días después, la escuadra ateniense, á las órdenes de Kharitimides encontró á otra fenicia, que venía á auxiliar á los persas, y la echó á pique treinta buques cogiéndole veinte. Los aliados subieron el río y se presentaron delante de Memfis, donde se había refugiado el resto de los persas con los indígenas que les guardaban fidelidad. Pronto cayó la ciudad, pero la fortaleza de Muro Blanco cerró sus puertas, y su resistencia dió al gran rey tiempo para enviar un tercer ejército. El poder de los rebeldes no residía tanto en las masas egipcias y libias como en el cuerpo de hólitas y marineros atenienses. Antes de arriesgar á sus generales en el Delta, trató

Artajerjes de verificar una diversión en Grecia. Enviados suyos intentaron comprar á los lacedemonios para que invadieran el Atica, pero esta vez, por casualidad, la virtud espartana resistió á las dádivas. Las tropas del gran rey se concentraron en Fenicia y Cilicia. Se componían de trescientos mil infantes, auxiliados por trescientos barcos, y estaban á las órdenes de Megabice. Al acercarse el enemigo, levantaron los aliados el sitio del Muro Blanco. Vencidos en el primer combate, muerto Kharitunides y herido Inaros en el muslo, se encerraron en la isla de Prosopitis, donde sostuvieron un sitio de diez y ocho meses. Al cabo de este tiempo, logró Megabice desviar uno de los brazos del río, dejó en seco los barcos atenienses y dió el asalto. La mayor parte de los auxiliares pereció en el combate, algunos lograron llegar á Cirene y pasar al Atica, otros huyeron con Inaros y tuvieron que rendirse poco después. Para mayor desdicha, un refuerzo de cincuenta barcos griegos que llegaba á la desembocadura mendesia, sin saber nada de lo ocurrido, fué envuelto por los fenicios, que lo dejaron medio destruído. Inaros, al deponer las armas había estipulado que se le perdonaría la vida, así como á sus compañeros, y Artajerjes parecía inclinado á respetar la capitulación, pero á los cinco años entregó los prisioneros á su madre Amestris, que los mandó crucificar para vengar á Aquemenes. Con la victoria de Prosopitis terminó la rebelión. Tanniras, hijo de Inaros, fué nombrado rey de Libia en lugar de su padre. Algunas gavillas de fugitivos refugiados en los pantanos del litoral, que antes habían servido de albergue á los saítas, proclamaron rey á Amirteos y se defendieron con buen éxito de los ataques de los persas.

Estaba restablecida la integridad del imperio, pero seguía la guerra con los griegos. Seis años después de su desastre, los atenienses tripularon doscientos barcos que mandó Cimón, para conquistar á Chipre, ú ocupar al menos sólidamente varias ciudades cipriotas. Para dividir las fuerzas enemigas, fingió Cimón empezar de nuevo la campaña de Egipto, y envió sesenta buques al rey Amirteos, sitiando la plaza de Citió con los demás. Murió pronto de resultas de una herida y sus sucesores tuvieron que levantar el sitio por falta de víveres, pero al pasar por delante de Salamina, destrozaron

una escuadra fenicia y cilicia, desembarcaron después y derrotaron á un ejército persa que acampaba cerca de la ciudad. Artajerjes no resistió á este último fracaso. Temió que los atenienses, dueños de Chipre, consiguieran sublevar á Egipto, y decidió entrar en negociaciones. Atenas le otorgó la paz bajo condición de que conservaran su libertad los griegos de Asia. Ningún ejército persa podía aproximarse á menos de tres jornadas de marcha de la costa jonia. Ningún buque de guerra persa podría navegar por aguas griegas, desde las islas Quelidonias hasta las rocas Cianeas, es decir, desde la punta Este de Licia hasta la entrada del Ponto Euxino. Este convenio terminó la primera parte de la lucha entre persas y griegos: medio siglo habían durado las hostilidades, desde el incendio de Sardes hasta el décimoséptimo año del reinado de Artajerjes I (504-449).

Los imperios orientales no viven sino cuando pueden guerrear y vencer siempre. Les es imposible restringirse á ciertos límites ni inmovilizarse en la defensiva. El día que detienen su movimiento de expansión, empieza para ellos la decadencia: ó son conquistadores ó no pueden existir. Persia no se libró de la ley común. Darío I habrá sido un gran rey, quizás superior á Ciro. Vigoroso, hábil para organizar un ejército, para combinar planes de campaña, para elegir sus lugartenientes, la prontitud con que triunfó de las revueltas que estallaron á su advenimiento demuestra que no hubo caudillo superior á él; y como administrador no tuvo rival en el linaje aqueménida. Conquistada Asia, encerrada la raza persa en todas sus fronteras entre obstáculos casi infranqueables, el mar, el desierto de Africa y Arabia, las montañas de la India, el Cáucaso, y las estepas del Asia Central, no tenía salida más que á Occidente. Darío y Jerjes la arrojaron sobre Europa, pero su arranque se estrelló ante la tenacidad helénica, y en cuanto tuvo que retroceder, empezó á decaer en seguida. No fué, sin embargo, tan súbita su ruina como las de Asiria, Caldea y Media. La máquina administrativa de Darío estaba demasiado bien ajustada para desmontarse de una vez, pero la indiferencia é ineptitud de los soberanos dejaron enmohecerse los resortes. Se vió á un mismo gobernador mandar en varias satrapías, dirigir el ejército, ejercer una ver-

dadera realeza. Hubo incesantes sublevaciones en las provincias, no sólo en Egipto, donde el sentimiento nacional hacía imposible una tranquilidad prolongada, sino en Caldea, Bactriana y Asia Menor. Ocurrieron tragedias palatinas, donde el puñal y el veneno diezmaron á la familia real; guerras civiles entre sátrapa y sátrapa; contiendas locales entre tribu y tribu ó ciudad y ciudad. Apenas se había firmado la paz con Grecia, cuando Megabises, gobernador de Siria, descontento de la conducta del rey después de su victoria contra Inaros, sublevó el ejército que mandaba. Dos generales fracasaron sucesivamente contra él, que no dejó las armas hasta haber dictado las condiciones de la paz. Algunos años después, su hijo Zopiro se rebeló en Caria y Lidia, y obligó también al rey á negociar con él. El buen éxito de estas insurrecciones fué detestable ejemplo para los demás sátrapas. Su fidelidad dependía del capricho ó de las circunstancias.

Artajerjes murió en 425 y en seguida volvieron á empezar las intrigas que habían ensangrentado los principios de su reinado. Jerjes II, su heredero legítimo, fué asesinado á los cuarenta y cinco días, por su hermano ilegítimo Sogdianos ó Sekudianos. Este fué destronado y muerto á los seis meses y medio por otro bastardo que se llamaba Darío. Su vida fué un largo tejido de miserias y crímenes. Desde los primeros días su hermano Aristes, y Artifios, hijo de Megabises, tomaron las armas en Asia Menor, alistaron mercenarios griegos y ganaron dos victorias. El oro persa consiguió lo que el valor persa no lograba. Abandonados los rebeldes por sus soldados, se rindieron bajo condición de salvar la vida. Darío II se había casado con su tía Parisatis, mujer de las más crueles y depravadas que hayan deshonrado los haremes orientales. Por consejo suyo, faltó á la palabra dada y



Estatua grosera de un sepulcro de Giesh. (Museo Británico.)

Aristes fué sometido al suplicio de la ceniza. No desanimó este ejemplo á Pisutnes, sátrapa de Lidia, perteneciente á la familia real, que llevaba en este cargo veinte años y había tenido tiempo de sobra para prepararse: pero la traición pudo con él, como con Aristes. Tisafernes sobornó á los mercenarios que tenía Pisutnes á sueldo, y le obligó á rendirse. Darío lo mandó matar y dió su cargo al vencedor. Amorges, hijo natural de Pisutnes, sublevó á Caria, se arrojó el título de rey y resistió hasta el año 412.

Ocurría esto cuando la guerra del Peloponeso assolaba á toda Grecia. Atenas acababa de perder en Sicilia lo mejor de su escuadra y sus soldados más escogidos. Cuando se supo el desastre en Oriente, creyó Darío favorable la ocasión para romper el tratado de 449 y transmitió á los sátrapas de Misia y Lidia la orden de reclamar el tributo á las ciudades griegas de la costa y de tratar con los lacedemonios. Esparta aceptó la alianza que se le ofrecía y, los diferentes Estados helénicos fueron juguetes manejados por el rey persa ó sus agentes. Tisafernes y Farnabazes se dedicaron al principio á equilibrar la balanza entre dorios y atenienses sin que un rival diera al otro el golpe decisivo. Esta política de justo medio no duró mucho. Darío tenía dos hijos, y el segundo, llamado Ciro, alcanzó por influjo de Parisatis el mando supremo de las provincias del Asia Menor. Ciro tenía ambición de reinar y esperaba que su madre lograra para él, á fuerza de intrigas, la herencia que correspondía á Arsakes, su hermano mayor, y por si esto fracasaba, contaba con reclamar el trono por la fuerza de las armas. Atenas, potencia marítima, no podía ayudarle en una expedición dirigida contra las provincias del Alta Asia. Por esto se inclinó á Esparta y le prestó tan eficaz auxilio, que en dos años se acabó la guerra, ventajosamente para los peloponesios, con la batalla decisiva de Egos Pótamos (415).

Este brusco des-  
**Artajerjes II (405-359);** enlace y los mane-  
**las últimas dinastías** jos secretos de que  
**indígenas de Egipto.** acusaban á Ciro los  
sátrapas del Asia Me-  
nor, parecieron, con razón, sospechosos. Darío le llamó á Susa para pedirle cuentas de su conducta, y llegó á tiempo para asistir á la muerte

de su padre y al advenimiento de un nuevo rey. Arsakes tomó el nombre de Artakshatra (Artajerjes) y subió al trono á pesar de los esfuerzos de Parisatis. Durante las ceremonias de la coronación, Ciro se escondió en el templo é intentó asesinar á su hermano al pie del altar. Tisafernes y un sacerdote lo denunciaron: fué aprehendido y habría sido decapitado si su madre no le hubiera cogido en brazos, impidiendo ejecutar su oficio al verdugo. Perdonado, por fin, volvió al Asia Menor con la firme decisión de vengarse en cuanto pudiera. A pesar de la vigilancia de Tisafernes, reunió con diversos pretextos 13.000 mercenarios griegos y 100.000 de tropas indígenas, dejó á Sardes de improviso (401), y atravesó tranquilamente el Asia Menor, la Siria del Norte y Mesopotamia, pero encontró al ejército real cerca de Cunaxa, á pocas leguas de Babilonia, y fué muerto en la batalla. Su derrota y su muerte fueron una desgracia para Persia. Era valiente, activo, ambicioso, con todas las cualidades que constituye un buen monarca oriental. Había aprendido entre los griegos á conocer el flaco de su nación y parecía empeñado en remediar sus vicios. Si hubiera triunfado, tal vez habría logrado afirmar el imperio y detenerle en la pendiente que lo llevaba á la ruina. Al morir él, el ejército indígena que le seguía se desbandó, pero los mercenarios griegos no se desalentaron y ganaron la costa del Ponto Euxino á través de Asiria y de Armenia. Hasta entonces los griegos habían considerado á Persia un Estado compacto y formidable, al cual se podía vencer en el mar y rechazar desde Europa, pero que era inatacable en su territorio. El ejemplo de los famosos diez mil entre los cuales iba Jenofonte, su historiador, demostró que un puñado de hombres perdidos en plena Caldea, privados de sus jefes por la traición, sin guías, sin aliados, podían desafiar impunemente á Persia y repatriarse sin pérdidas considerables. Los resultados de este experimento no tardaron en verse. Esparta victoriosa había heredado la misión protectora de Atenas sobre los jonios; pero la muerte del joven Ciro había roto sus relaciones con Persia y le había devuelto su libertad de acción. Durante cuatro años seguidos guerreó en Asia. El rey Agésilao penetró en el centro de Frigia, y habría avanzado más si el oro persa no hubiera logrado llamar su atención hacia Euro-

pa. Atenas tomó de nuevo las armas; su escuadra unida con la persa barrió el Mar Egeo de Norte á Sur. Conon se apoderó de la isla de Citerea y los largos muros de la ciudad ateniense fueron reconstruidos á expensas del rey persa.

Mientras la Hélade, dividida, se disputaba la buena voluntad de aquel rey y de sus oficiales, unido Egipto por un sentimiento de odio, lograba expulsar al extranjero. Durante los cuarenta años que habían transcurrido desde la derrota de Inaros, no se había turbado



Monumento sepulcral atribuido á Artajerjes.

seriamente la paz. Los sátrapas se habían sucedido sin dificultades en el palacio de Memphis; la muerte cruel de Inaros y, probablemente, la extenuación de Lidia habían impedido á Taniras moverse. El viejo Amirteos había desaparecido, y su hijo Pausiris había sido el vasallo dócil de los persas. Más de una vez, pequeños incidentes habían demostrado que el antiguo espíritu de rebeldía no aguardaba más que una ocasión favorable para manifestarse. Un Psamético que reinaba en 445 en un rincón del Delta, se había atrevido á enviar trigo y presentes á los atenienses, entonces en guerra con su soberano. El segundo año de Darío lo señaló una sedición que pronto fué sofocada. Entonces debió de reinar el faraón Kabisha que restituyó á los sacerdotes de Butó los bienes de que los había despojado Jerjes

y enterró un Apis el año dos de su reinado. La rebelión de Megabizes, en Siria, había demostrado que era fácil habérselas con el gran rey. La de Zopiro y la de Pisutnes, una tras otra, habían absorbido varios años las fuerzas del imperio. En 405, un nieto de Aunites, que se llamaba como su abuelo, proclamó la independencia de Egipto; pero no expulsó del todo á los persas, porque Artajerjes todavía tenía tropas egipcias el año 401 en su ejército, cuando la campaña contra Ciro. También tuvo que resignarse Amirtcos á sufrir la competencia de otros príncipes, y los textos hablan de un Psamético oriundo de la antigua familia saíta, que se daba el título de rey de los egipcios. Aquel feudalismo era lo suficiente turbulento y temible para que el cetro no permaneciera mucho tiempo en la misma familia. La dinastía XXVIII duró seis años, tanto como Amirtco, y fué seguida de una dinastía mendesia cuyo jefe, Neforites, completó la obra de emancipación. Egipto recobró la plena posesión de sí mismo y de su actividad antigua con aquel rey.

La política le era impuesta por las circunstancias. La desproporción de fuerzas entre una provincia aislada y un imperio que cubría toda el Asia anterior era harto visible para que pensarán los Faraones en sostenerse ellos solos, sin apoyo exterior. Volvieron, pues, instintivamente al sistema de Psamético y de sus sucesores, y su historia reprodujo de una manera notable la de los primeros saítas. Era Egipto á modo de una ciudadela sitiada, y trataron de trazar delante de ella líneas de avanzadas contra las cuales se estrellase el primer ímpetu del enemigo. Intrigaron en Siria y en Chipre, ya para buscarse aliados, ya para restablecer la antigua soberanía de los príncipes tebanos. Todas las revueltas de pueblos, todas las peticiones de sátrapas les eran favorables, puesto que obligaban al rey persa á dividir sus recursos. Las fomentaron con esmero, las provocaron en ocasiones, y se portaron con tal habilidad, que durante mucho tiempo tuvieron ante sí la porción menor de las fuerzas persas. Lo mismo que los saítas, apreciaron en su justo valor las poblaciones indisciplinadas y poco belicosas á quienes dirigían, y se apoyaron en soldados europeos que á mucha costa trajeron de Grecia y que renovaron sin cesar, para que no los enervaran ni las costumbres ni el clima. En aquel tiempo casi todas las guerras se hacían

con mercenarios, y eran oficio lucrativo para quien sabía guiarlos. Los Faraones nunca vacilaron en prodigar sus tesoros para adquirir el auxilio de aquellas tropas formidables. Ifcrates, Cabrias, Timoteo, todos los jefes famosos mandaron, sucesivamente, las masas egipcias ó persas que combatían á orillas del Nilo, ya á gusto, ya contra la voluntad de su patria. Al subir al trono Nefórites, estaba Esparta en el apogeo de su grandeza. Acababa de declarar la guerra al gran rey de Persia, y preparaba Agesilao su expedición á Frigia. Nefórites contrató una alianza ofensiva y defensiva con los lacedemonios y les envió en 396 una gran cantidad de trigo, armas y municiones que fué interceptada por el ateniense Conon, que mandaba la escuadra persa. El retroceso de Agesilao y el abandono del Asia Menor por los espartanos enfriaron la buena voluntad del rey de Egipto, el cual conservó junto á sí las tropas que al parecer quería enviar lejos, y las concentró en la frontera siria para rechazar el ataque que creía inminente.

Los persas no vinieron tan pronto como él los aguardaba, pues la retirada de los lacedemonios no había acabado con los asuntos de Asia. Desde la tentativa de Ciro, la mayor parte de los pueblos indígenas, misios, pihilios, gente del Ponto y de Paflagonia, habían sacudido el yugo. Artajerjes dirigió contra ellos el ejército que hubiera debido mandar á las orillas del Nilo. Chipre fué la única que le detuvo. Dos razas se habían repartido esta isla: la fenicia y la griega, pero desde el día en que los aqueos, aliados con las naciones del mar y rechazados por Minephtah, se habían afincado allí, la influencia griega no había dejado de crecer. Todos los aventureros buscadores de terrenos que conquistar, se dieron cita en aquella frontera del mundo oriental; colonos de Kitaos, jonios del Atica, argenos de Kurión, arcadios de Agapenor, escapados del sitio de Troya para edificar á Pafos. Desde el siglo VII antes de nuestra Era, el predominio del elemento helénico era tan perceptible, que los asirios llamaban á toda la isla Iavana, país de jonios, y á la llanura de Pediacos, alrededor de Salamina, Ia, ó tierra jónica. De los doce reyes que se la disputaban, lo menos siete tenían nombres griegos. Más adelante, aún se debilitó más el contingente semítico y los fenicios, rechazados lenta, pero seguramente, se

arrinconaron alrededor de Citió y Amatonte. Por mucho que hubieran menguado, eran sin embargo, bastante numerosos para impedir á los príncipes de Soles ó Salamina que reunieran la isla entera en un solo Estado, estorbándoles su influencia más allá del mar, y obligándoles á que protegieran eficazmente la libertad común contra los amos del continente vecino. Cuantos fueron atraídos por las riquezas del suelo dominaron la isla, fácilmente: los asirios con Sargón, los caldeos con Nabucodonosor, los egipcios con Amasis, los persas con Ciro y Cambises.

Estas servidumbres sucesivas dejaron huellas hondas en las costumbres y sobre todo en el arte. Según las épocas, los monumentos cipriotas llevan la señal del estilo asirio ó egipcio, más ó menos alterado. Pero si la civilización exterior se modificó frecuentemente, imitando los modelos orientales, la helénica que llevaba en el fondo se acentuó cada vez más. Onarilar, rey de Salamina, se alió con Mileto, y los demás príncipes siguieron su ejemplo, menos el de Amatonte, que durante un año hizo caña á las tropas del gran rey. Sofocada la rebelión, cayó más pesadamente la mano de Darío sobre la población griega. Se la prohibió el comercio, se cerraron los puertos á los buques de la Hélide, y en algunas ciudades, como Salamina, substituyeron monarcas fenicios á los tiranos de antigua raza, pues el rey persa pensaba apoyarse en el elemento fenicio para hacer respetable su autoridad. Citió, empobrecida por la proximidad á Salamina, volvió á ser mercado principal de la isla. A pesar de la aparición intermitente de las escuadras atenienses, pasó más de un siglo sin que los helenos cipriotas hallasen ocasión de librarse de este abrumador dominio. Evágoras los libertó. Descendía de los antiguos reyes de Salamina, y después de haber expulsado al tirio Abdemon, que mandaba en su ciudad, se apoderó de toda la isla, menos Citió y Amatonte. No es este el momento oportuno para contar la participación que tuvo con Conon en la campaña de los persas contra los espartanos. Su ambición y su actividad inspiraron fundadas sospechas á Artajerjes, y en 391 se rebeló abiertamente contra su soberano. Si hubiera estado reducido sólo á sus recursos, pronto se le habría vencido, pero Egipto y Grecia estaban dispuestos á ayudarle con armas y dinero.

Hakorís había sucedido á Nefórites en 393, y después de haber asegurado su frontera Occidental mediante un tratado con los libios de Barca, se entendió con Evágoras y los atenienses. Dió trigo, municiones, barcos y dinero; Atenas envió algunos hombres con Cabrias, que era uno de sus mejores generales y la primera expedición persa, mandada por Antofradates, fracasó vergonzosamente. Evágoras tomó á Citió, á Amatonte y á Tiro, y devastó á Fenicia y Sicilia. Agitábanse ya los tiranos del Asia Menor y uno de ellos Mekatomnos, de Caria se fué al lado de los confederados. Esparta, extenuada por la prolongación de las hostilidades, entró súbitamente en tratos con la corte de Susa. Antalcidas negoció para ella una paz célebre en la historia de Grecia. Una orden procedente del centro de Asia notificó á todos los pueblos helenos que se pusieran de acuerdo y respetaran recíprocamente sus peculiares libertades. Como nadie tenía fuerza para resistir á espartanos y á persas juntos, la orden fué obedecida. Cincuenta años antes, al tratar Atenas con Artajerjes, había logrado la independencia de los griegos de Asia. Esparta, tratando con otro Artajerjes, se los entregaba.

El rey persa podía ya atacar á los rebeldes, Evágoras sufrió el primer choque. Chipre era como un baluarte de Egipto, pues quien la ocupara, dominaba el mar. Artajerjes reunió trescientos barcos y 300.000 hombres de á pie á las órdenes de Tiribazes y los desembarcó en la isla. Los corsarios cipriotas interceptaron los convoyes y redujeron á los invasores á tal penuria, que hubo sediciones en su campamento. Por último, fué vencido Evágoras en el mar á la altura de Citió, y destruída su escuadra. No se desalentó, dejó á su hijo Pnitágoras que saliera del paso como pudiera, y fué á Egipto á implorar auxilio de Faraón. Hakorís tenía bastante con atender á su propia seguridad para aventurarse á una expedición lejana. Evágoras volvió á su isla con subsidios insuficientes del egipcio y se encerró con tres mil hombres en Salamina donde se defendió largos años. La traición de Gaos, general persa, yerno de Tiribazes, le dió alguna esperanza. Gaos se alió con el Faraón Hakorís y solicitó el apoyo de los lacedemonios, pero murió antes de haber hecho nada, y Evágoras se quedó solo de nuevo frente al enemi-

go. Mientras los tenientes del gran rey se empeñaban en bloquearle, Artajerjes estuvo á punto de perecer en una campaña desdichada contra los de Cadusia. Era buen soldado, pero mal general, y el ejército que mandaba, hostigado por un enemigo que no podía alcanzar en su marcha á través de las montañas, habría sido destruido si el astuto Tiribazes no hubiera convencido á los bárbaros para que solicitaran la paz cuando estaban á punto de triunfar.

Inmediatamente después de la derrota de Evágoras, comprendiendo Hakoris que la sumisión de Chipre era sólo cuestión de tiempo, había tratado de promover una diversión en Asia Menor. Se alió con los psidios que estaban entonces sublevados, pero sin resultado alguno. Grecia le proporcionó mayor auxilio. La paz de Autálcidas había dejado sin empleo á muchos mercenarios, de los cuales reunió veinte mil. Los persas, que aún andaban apurados en Chipre, no supieron precaver la llegada de los refuerzos. Hakoris murió en 381. Sus herederos, Psaunutis, Mutis y Nefórites II pasaron rápidamente por el trono, y perturbó el país dos años (381-379) el arreglo de su sucesión. La misma turbulencia de los grandes feudatarios que había impedido á los saitas conservar el poder, fué funesta á los mendesios. Nakhtarhabi, príncipe de los sebenitos (Nectanebo I) fué proclamado rey por los soldados. Según la tradición de la época, era hijo de Nefórites I, apartado del trono por malquerencia de los dioses. Cualquiera que fuese su origen, Egipto no tuvo que arrepentirse de su elección. Seguir dando á Evágoras el subsidio concedido por Hakoris habría sido tirar el dinero. Lo suprimió y apresuró así la caída del tirano de Salamina. Abandonado éste por todos, cansado de una resistencia de seis años, no dejó las armas más que en muy ventajosas condiciones. Artajerjes le perdonó su rebelión, y además le confirmó en su título regio y le concedió el libre ejercicio de su poder mediante un tributo anual (380).

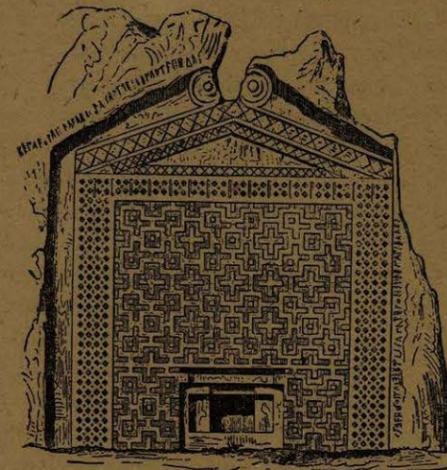
Nectanebo, frente á frente con el rey persa, duplicó su actividad. Los acontecimientos de los últimos años habían puesto de relieve el talento del ateniense Cabrias. Nectanebo le invitó á reorganizar el ejército egipcio, lo cual aceptó Cabrias. Transformó el Delta en un campamento atrincherado, guarneció los puntos vulnerables de la costa, construyó en cada desemboca-

dura del río dos torres que dominaban la entrada, armó la frontera libia como la asiática y escogió tan bien el emplazamiento de sus fortalezas, que en la época de Augusto muchas llevaban todavía su nombre. Los persas procuraron poner sus medios de ataque al nivel de los de defensa. Farnábazes estableció en Ako (costa meridional de Siria) su cuartel general y base de operaciones, á la cual afluyeron tres años seguidos, víveres, municiones, soldados de mar y tierra, buques fenicios y griegos. Las rivalidades de Titraustes, Datamo y Abracomias, jefes persas, pusieron varias veces en peligro la empresa, pero Farnábazes logró siempre librarse de sus rivales, y á principios de 374 estaba pronta á partir la expedición, compuesta de 200.000 soldados, 20.000 mercenarios, 500 buques de guerra y muchos de carga. A última hora había perdido Egipto su mejor jefe. Artajerjes había preguntado á Atenas con qué derecho autorizaba á Cabrias á servir contra él en las filas egipcias, y además rogaba á sus amigos los atenienses que le prestaran al general Ificrates. Los atenienses mandaron regresar á Cabrias y enviaron á Ificrates á Siria, donde tomó el mando de los auxiliares griegos. El ejército emprendió la marcha en Mayo de 374. Al llegar á Pelusia, vió Farnábazes que no le sería fácil forzar la plaza. No sólo habían sido renovadas las murallas, sino que los habitantes habían cortado los canales. Ificrates aconsejó una sorpresa. Tres mil hombres enviados á escondidas desembarcaron á la entrada de la boca mendesia y atacaron los atrincheramientos que la protegían. La guarnición salió imprudentemente, fué derrotada y perseguida tan arduosamente, que vencidos y vencedores penetraron juntos en el fuerte. Abierta esta brecha, se podía haber aprovechado para apoderarse del país, pero las disensiones de los generales no lo permitieron. Ificrates había interrogado á los prisioneros averiguando que Memfis estaba desguarnecida, por lo cual aconsejó á los persas que subieran á escape el Nilo y tomaran la capital antes que Nectanebo le enviara refuerzos. Pero Farnábazes encontró el proyecto aventurado y prefirió aguardar la llegada de todo el ejército. Ificrates propuso entonces intentar lo que quería con su propia gente, pero el temor de que abrigara ideas de traición hizo que se le negase el permiso. Estos retrasos dieron tiempo á Nectanebo para tomar la ofensiva, asaltar el campamento enemigo y salir airoso en varias escaramuzas. Entre tanto,

avanzaba el verano y subía rápidamente el Nilo, que pronto iba á inundar el suelo. Ificrates y Farnábazes empezaron á retirarse y volvieron á Siria. Ificrates, molesto por las recriminaciones de sus colegas asiáticos, se embarcó secretamente para Atenas. Lo que quedaba del ejército y la escuadra se descompuso después de su partida y Egipto quedó libre para un cuarto de siglo.

Este fracaso no menguó la influencia que el gran rey había ejercido en Grecia desde la paz de 387. Esparta, Atenas y Tebas se disputaron su alianza con más entusiasmo que nunca. En 372 volvió Antálcidas á Susa para solicitar nueva intervención. En 367, Pelópidas é Ismenias alcanzaron un rescripto que ordenaba á los griegos que vivieran en paz, y luego Atenas envió embajadores para mendigar subsidios de los persas. Parecía que Artajerjes era para los Estados helénicos una especie de árbitro supremo, pero en cambio no mandaba en su reino. Hombre de genio bonachón, más inclinado á perdonar que á castigar, carecía de la energía necesaria para reprimir la ambición de los gobernadores de las provincias. Arisbárzanes de Frigia había dado la señal de la defección. Datamo y Aspis de Capadocia se sublevaron á su vez y desafiaron años enteros á su soberano. Cuando fueron éstos á traición, todos los sátrapas de las provincias occidentales desde las fronteras de Egipto á las del Helesponto, formaron una alianza ofensiva y defensiva. Egipto, siempre en acecho, había encontrado en tal rebeldía un medio para demostrar su odio á Persia y aumentar su propia seguridad. Nectanebo había muerto en 361, y Takos le había sucedido. No vaciló en negociar con los rebeldes, y éstos le enviaron á Reomites para discutir las condiciones de la alianza. Nectanebo había dejado numerosa escuadra y un tesoro bien provisto. Takos confió al embajador 500 talentos de plata y 50 buques, con los cuales zarpó para Leuke en la costa de Asia. Aguardábanle sus cómplices, muy contentos del resultado de su misión, pero él, que no tenía confianza en el resultado de la lucha y no deseaba más que recobrar el afecto del soberano, en cuanto volvió, de acuerdo con Orontes, se apoderó de sus cómplices y los envió á Susa, cargados de cadenas. Takos había, pues, contribuido á llenar las arcas y reclutar tripulaciones para el gran rey, pero á pesar de este chasco, su situación era tan brillante y tan mísera la de los persas, que resolvió tomar la ofensiva é invadir á Siria. Confírmole

en sus designios Cabrias (al cual las aventuras de su vida habían llevado otra vez junto al Nilo), pero le faltaba el dinero para sufragar los gastos de una campaña en país extranjero. Cabrias le indicó el medio de proporcionárselo. El clero egipcio era rico, y el griego demostró al rey que las cantidades gastadas anualmente en sacrificios y sostén de templos estarían mejor empleadas en servir al Estado y aconsejó al Faraón que suprimiera la mayor parte de los colegios sacerdotales. Los sacerdotes se redimieron sacrificando sus bienes personales. El rey aceptó cuanto le ofrecieron, y declaró á los sacerdotes que mientras durase la expedición contra los persas, les exigiría las nueve décimas de las rentas sagradas. Este impuesto habría



Sepulcro de un rey de Frigia.

bastado para sostenerla, si se hubiera podido cobrar por completo, pero el clero debió de encontrar medio de no pagarlo, á lo menos en parte, pues hubo que acudir á otros recursos. Cabrias aconsejó el aumento de la capitación y contribución sobre las casas, la institución de un derecho de un óbolo por cada medida de trigo que se vendiera, etc., etc. Pronto se contó con recursos, pero se presentó otra dificultad que el mercenario griego resolvió con energía. Abundaba poco el metálico en Egipto, porque los habitantes solían emplear el sistema de cambio de productos en las transacciones ordinarias de la vida. Además, los mercenarios griegos querían cobrar en monedas contantes y sonantes. Se ordenó á los indígenas que ingresaran en el Tesoro el oro ó la plata en busto ó trabajados que poseyeran, para ser reembolsados gradualmente por los monarcas sobre el producto de los impuestos.